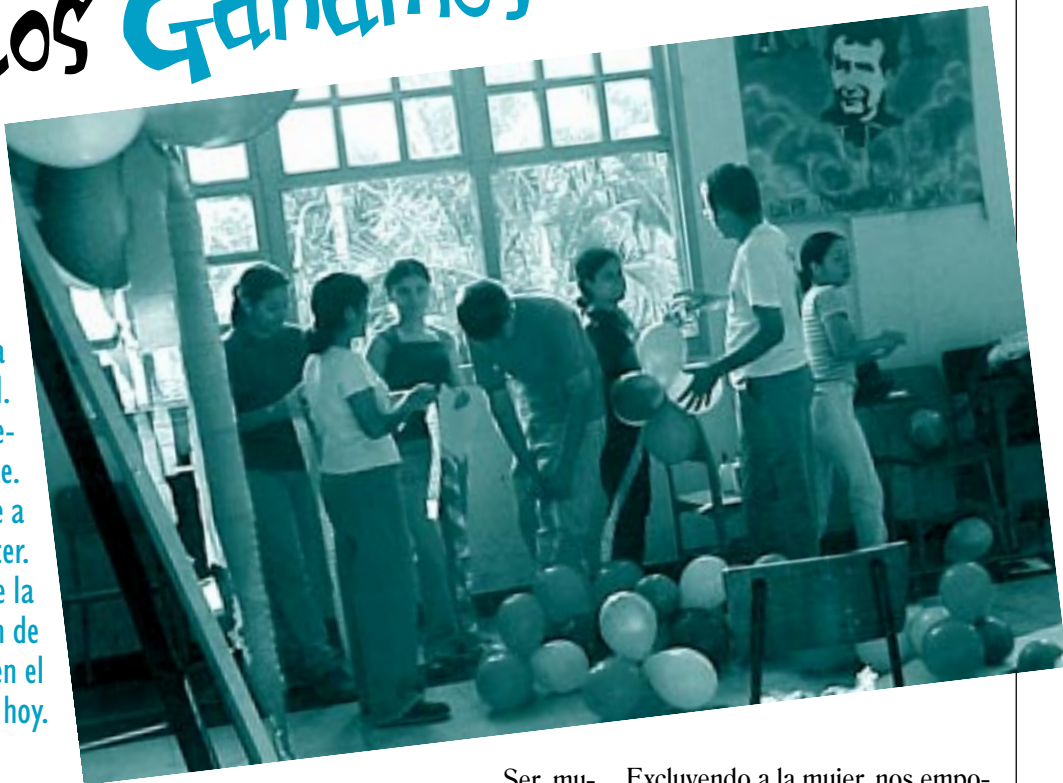


Todos Ganamos

El panorama es desigual. Pero el problema persiste. Y se resiste a desaparecer. Se trata de la marginación de la mujer en el mundo de hoy.



Sin hacer referencia a casos extremos como la increíble humillación que sufren las mujeres en muchos países árabes, Centro América tampoco puede situarse entre los países con alta emancipación femenina.

En nuestro pequeño mundo centroamericano la situación femenina se presenta desigual. Cada país de nuestro istmo ha ido trazando peculiaridades culturales en desfavor de la mujer. El nivel socioeconómico define con frecuencia la mayor o menor autonomía de ellas.

Los varones tienden a ignorar, minimizar o ridiculizar el mismo planteamiento del problema. La situación de desventaja femenina ha sido así por siempre y no cabe en una mente machista que se pueda dar otra alternativa.

Ser mujer implica con frecuencia subordinación, pasividad, marginación, explotación, resignación.

El mundo ha sido manejado por los hombres. Y los resultados son más bien decepcionantes. Se ha creado una cultura de violencia, rivalidad y agresión. El siglo que dejamos atrás ha sido calificado como el más violento en la historia de la humanidad. Los procesos económicos actuales nos asustan por su excesivo acento en la codicia y la explotación desmesurada.

La Iglesia misma se ha visto mermada por una casi exclusiva gestión masculina. La reflexión teológica habría ganado mucho con una presencia proporcionada de teólogas. La gestión eclesial podría enriquecerse si la mujer tuviera acceso a puestos de responsabilidad dentro de la misma.

Excluyendo a la mujer, nos empobrecemos todos. Nos hace falta la original aportación femenina. Una generosa dosis de compasión, ternura y diálogo enriquecerá a hombres y mujeres.

Ni machismo ni feminismo. Ni superiores ni subordinadas. Iguales en dignidad, diferentes en la original aportación de cada sexo. No se trata de predominios o rivalidades, que generan desconfianzas. Es más bien dejar circular, para bien de todos, la riqueza femenina y masculina.

Habrà que romper esquemas mentales resistentes y prejuicios inveterados. Hay que optar decididamente por la igualdad entre ambos sexos. Al menos, por allí parece apuntar el designio de Dios.

Heriberto Herrera
hherrera@telesal.net